



NO LO
LLAMES
SEXO...
¿O SÍ?

?

?

¿

Noelia
Amarillo

No lo llames sexo...
¿O sí?

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Elisanth y Sixsmith – Shutterstock

Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-21354-3
Depósito legal: B. 12.549-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Hoy voy a hacerme daño. Me sumergiré en el dolor hasta que el pasado desaparezca y sólo exista el ahora. Es la única manera de sobrevivir.

Pensamiento fugaz de Uriel
pocas horas antes de la Nochebuena de 2018

El estruendo de la puerta golpeando la pared sobresaltó al hombre que, atado al potro, luchaba por respirar. Al golpe lo siguió la voz fiera y sensual de una valquiria cabreada y otra más profunda y pausada de un hombre.

El estallido de Ama Lix no se hizo esperar. Por lo visto, alguien había irrumpido en la mazmorra, molestándola. «Qué bien. Sólo me falta que se ponga de peor humor y se desquite intensificando el castigo», pensó Uriel con amargura. Desde luego, no era su día de suerte.

¿Por qué coño tardaba tanto en morirse?

Uno de los recién llegados apartó al Dom de un empujón y, acto seguido, arrancó la bola de la boca de Uriel, permitiendo que una gran bocanada de aire le llenara los pulmones.

—No me jodas que al final no voy a morir —jadeó al reconocer a su libertador. Era Julio, uno de los socios del Lirio Negro y también el maestro de ceremonias del Infierno, que no era otra cosa que el sótano dedicado al BDSM del mejor antro de sexo de la ciudad.

—Dudo que tengamos esa suerte —replicó con frialdad una mujer situada a su espalda.

Uriel se estremeció al oírla, porque no era una mujer cualquiera: era la Reina del Infierno. Reconocería su voz entre un millón. Su voz, pero no a ella, pues, a pesar de que lo había follado —una sola e inolvidable vez en la que no le permitió correrse—, no había conseguido verla. Parpadeó tratando de enfocar la vista y ése fue el momento elegido por Julio para agarrarlo del pelo y alzarle la cabeza obligándolo a mirarlo.

—Está a punto de desmayarse —señaló antes de soltarlo sin ningún cuidado.

—Te equivocas, sólo está en el subespacio* —protestó Ama Lix.

—No estoy en el subespacio ni a punto de desmayarme —graznó Uriel aliviado al ver que Julio comenzaba a desatarlo.

—No tenéis derecho a interrumpir mi sesión —exigió Ama Lix, ignorando su protesta.

—La sesión terminó en el momento en que desdeñasteis su palabra segura y le pusisteis una mordaza que no había pactado —refutó la Reina con sequedad.

—Ésa es una acusación muy grave, no puedes saber lo que ha ocurrido —señaló Ama Lix ofendida.

—Soy la Reina del Infierno, nada ocurre en mis dominios sin que lo sepa —replicó Avril mirando asqueada a la pareja de Dominantes—. Fuera. No quiero volver a veros.

—No puedes expulsarnos.

—Claro que puedo —señaló Avril.

Ama Lix abrió la boca para protestar, pero Uriel se le adelantó.

—No te conviene llevarle la contraria, tiene un carácter horrible —le advirtió mordaz tratando de girarse para ver a la Reina, aunque sin conseguirlo, pues aún tenía una mano atada. ¿Por qué coño Julio le había desatado primero los pies? Maldito calvo sin cerebro—. Por cierto, rojo. Te lo repito por si acaso: rojo. ¿Lo has oído bien esta vez o te vas a hacer la sorda como antes, puta? —incredpó

* Una forma de trance que se da en ocasiones en sesiones de BDSM.

a la sádica, dando buena muestra del carácter descarado y subversivo que lo caracterizaba.

—¿Cómo te atreves? —jadeó Ama Lix al oírlo.

—Muérete, zorra —escupió Uriel.

Julio acabó en ese momento de desatarlo y Uriel apoyó las manos en el potro para auparse. Así aliviaría la agonía de su estómago y, de paso, se daría la vuelta para ver de una puñetera vez a la esquiwa Reina, aunque fuera entre los puntos negros que enturbiaban su visión.

No llegó a incorporarse. Un súbito mareo lo hizo caer desmadejado sobre el potro y el impacto contra su dolorida tripa se ocupó de robarle el conocimiento.

Julio lo atrapó antes de que cayera al suelo.

—Llévalo a mi cama —le ordenó Avril.

El calvo arqueó una ceja ante la inesperada orden, y, sin emitir ninguna pregunta, se echó al hombro el peso muerto de Uriel y salió de la mazmorra. Avril lo siguió, aunque se detuvo en el umbral de la puerta.

—Me encargaré personalmente de que todos los círculos Ds* del país estén informados de que no respetáis los pactos que alcanzáis con los sumisos.

Ama Lix y su compañero la miraron asustados. La palabra de la Reina del Infierno era tenida muy en cuenta en ese mundo. Si los acusaba de eso, les vetarían la entrada a la mayoría, sino a todos, de los locales que frecuentaban.

—No puedes...

—Fuera —susurró Avril. Y lo hizo con un tono de voz tan gélido que no les quedó duda de que, si volvían a aparecer por allí, no lo pasarían bien.

* Dominación y sumisión.



Hoy me he enamorado!! Estaba en la tienda —ya os conté que desde que dejé la universidad mi padre me obliga a trabajar gratis para él— y de repente ha entrado el hombre de mis sueños. Altísimo, el pelo castaño corto y fosco, ojos negros y una sonrisa torcida de lo más traviesa. Le ha pedido trabajo a papá. Ojalá lo contrate.

Usuario Dulce Roser, post en Facebook,
24 de mayo de 2009. 1 «Me gusta»

*Lunes, 24 de diciembre de 2018,
dos minutos antes de la medianoche*

—¿Desde cuándo tienes tanto cuidado con los subs? —le preguntó burlona Avril a Julio cuando éste soltó con suavidad al desfallecido Uriel sobre la cama, ocupándose de colocarlo boca abajo para que su torturado trasero no rozara con nada.

—Desde que, en vez de mandarlos a la Ratonera, los traes a tu dormitorio —replicó él con una sonrisa insidiosa—. ¿Estás pensando en quedártelo?

—Tal vez.

Avril metió los pulgares en el bolsillo trasero de sus pantalones

* Sub: sumiso, sumisa.

y estudió con interés al hombre desmayado, sin importarle que Julio la observara intrigado.

Rondaría el metro noventa, poseía un cuerpo definido con suaves músculos en los lugares apropiados y un bonito trasero coronado por dos eróticos hoyuelos en la frontera con la espalda. El pelo, castaño y alborotado, le tapaba las orejas y parte del cuello sin llegar a tocarle los hombros. Y, aunque dada su postura no podía verle la verga, sabía que ésta era imponente. Más gruesa y larga de lo habitual, y capaz de aguantar mucho tiempo erecta y sin correrse, lo que, unido a su carácter insolente y desafiante, lo hacía un tipo de lo más interesante.

Había jugado con él en dos ocasiones, pero sólo lo había follado una, y no le importaría repetir. Y eso era algo que no solía pasarle a menudo. Más bien al contrario. Eran pocos los que conseguían captar su atención y entretenerla lo suficiente como para desearlos una segunda vez. De hecho, hacía meses que ninguno, excepto ése, le había llamado la atención lo necesario para usarlo una primera vez.

Se acercó a la nevera camuflada tras un panel de caoba y sacó un pequeño brik de zumo de naranja. Le pinchó una pajita y se dirigió a la altísima cama. Se subió a ella de un salto y observó al sumiso, aunque dudaba que en realidad lo fuera. Por experiencia sabía que le gustaban los juegos de control y los desafíos, pero no el dolor ni obedecer órdenes. Una interesante dicotomía. Más aún cuando había alquilado una mazmorra, y no eran baratas, para que los dos Amos más sádicos del Infierno lo torturaran. Hundió los dedos en su pelo; estaba revuelto y húmedo por el sudor, y aun así era un placer acariciarlo. Los cerró atrapando un sedoso mechón y tiró con contenida brusquedad, obligándolo a levantar la cabeza.

—Suéltame, joder —gruñó él apenas consciente, demasiado exhausto para abrir los ojos.

—Chupa —le ordenó Avril con aspereza. Le frotó la pajita contra los labios resecos hasta que los separó y se la introdujo en la boca. Apretó el brik para hacer salir un poco de zumo y, al sentir el dulzor en la lengua, él chupó con ansia.

La Reina apretó furiosa los dientes al ver la desesperación con

que bebía. Sabía por las cámaras ocultas en la mazmorra que le habían negado el agua. De hecho, un segundo antes de que susurrara su palabra segura ella ya había decidido interrumpir la sesión. Su reino era un lugar de perversión, un infierno en el que las fantasías más retorcidas se hacían realidad. Pero siempre siguiendo unas reglas. Y esos cerdos se las habían saltado.

Esperó a que dejara de beber y se hundiera en un sueño reparador y luego se dirigió al sofá Chester que había en un extremo del dormitorio. Se sentó en él con las piernas cruzadas al estilo indio y se puso sobre ellas el portátil que había en la mesa adyacente.

—Estoy seguro de que a Kaos le resultaría muy interesante saber que te has quedado velándolo como si fueras su novia —comentó Julio con una pérfida sonrisa, refiriéndose al tercer socio del Lirio Negro.

—Y yo estoy segura de que un cotilla como tú no será capaz de aguantar ni medio segundo antes de correr a contárselo —replió ella.

Ignoró la carcajada que soltó su socio al salir y comenzó a escribir un email dirigido a otros propietarios de locales similares para advertirles sobre Ama Lix y su compañero. Había hecho una promesa e iba a cumplirla.

* * *

Un gruñido hizo que Avril levantara la vista de la novela gráfica que había estado leyendo durante la última hora. La dejó sobre la mesa y observó al sub que en ese momento comenzaba a despertarse, seguramente debido al dolor, porque dudaba que en el par de horas que llevaba inconsciente hubiera descansado lo suficiente.

Uriel abrió los ojos a la tenue iluminación de la estancia. Estaba tumbado boca abajo con las manos a la altura de la cara, como el niño bueno que nunca había sido. Clavó la vista en sus muñecas y vio que estaban en carne viva. Y no era que le extrañara. Entre la abrasiva cuerda de esparto sin tratar y lo mucho que había forcejado para soltarse, lo sorprendía que las ligaduras no le hubieran arrancado la carne hasta el hueso. Pero no eran las laceraciones de

las muñecas lo que lo había despertado, sino el latido punzante que le machacaba las pelotas y el persistente escozor que le quemaba el culo y el dorso de los muslos. Se sentía como si le hubieran arrancado la piel a tiras para luego cubrir los verdugones con sal.

Se removió con cuidado y en ese momento fue consciente de que estaba sobre una altísima cama cubierta con sábanas de seda negra y enmarcada con un dosel de ébano en cuyos pies había un cepo para muñecas, tobillos y cuello.

¿Dónde coño estaba? Esa lujosa cama desde luego no pertenecía a una mazmorra. Al contrario, era más propia del dormitorio del rey de un castillo. Un rey que tuviera predilección por la decoración gótica, pensó al alzar la cabeza. Estaba en una habitación enorme, del techo colgaba una lámpara de araña que parecía haber sido forjada por el fuego de un dragón, tan negra y retorcida era. Las paredes granates con oscuras enredaderas silueteadas, los ornamentados muebles de ébano de líneas curvas y los vetustos candelabros de hierro forjado sobre las mesillas conformaban una estancia extrañamente perturbadora. Y lo más inquietante de todo era la mujer que estaba en el sofá Chester de cuero negro que había frente a la cama.

Era muy joven y estaba sentada al estilo indio. Las deportivas Converse plantadas con indiferencia sobre el elegante asiento. Los calcetines blancos de rayas negras se le arrugaban en los tobillos, dejando al desnudo sus pálidas espinillas, pues llevaba unas holgadas bermudas de tela escocesa de cuadros rojos y púrpuras que se cortaban en sus rodillas. Una camiseta negra de manga corta con una brillante calavera rosa completaba su atuendo. El pelo, castaño claro y muy liso, le caía por los hombros hasta sobrepasar la frontera de sus pechos, que apenas levantaban la camiseta. Tenía los labios definidos y con un marcado arco, el inferior más grueso que el superior, la nariz respingona y grandes ojos de un desvaído azul aguamarina. Ojos zarcos que lo miraban como si su dueña se estuviera debatiendo entre echarlo de allí a patadas en su más que dolorido trasero o darle un bocadito, o varios, y tal vez hacerle un traje de saliva.

Y Uriel pensó que, si pudiera elegir, prefería la última opción.

Sería mucho más placentera. Un súbito ardor a la altura de la ingle lo avisó de que, a pesar de su estado, se estaba excitando. Sonrió. Sería maravilloso follársela después de la desagradable nochedita que acababa de pasar.

Se giró para sentarse y, en el momento en que su trasero tocó las sábanas, estalló en llamas. O eso le pareció. El dolor lo devoró implacable, obligándolo a tumbarse boca abajo de nuevo.

La muchacha sacudió exasperada la cabeza y saltó del sofá. Y Uriel comprobó perplejo que le faltaban algunos centímetros para alcanzar el metro sesenta. Era bajita, delgadita y poquita cosa en general. Parecía una adolescente, pero caminaba como una diosa. Una muy cabreada, por cierto. Su rostro era una rara mezcla de la fiereza de una valquiria y la dulzura de un hada. Una con afilados colmillos, como pudo comprobar cuando se paró junto a la cama y le sonrió. Una sonrisa fría, peligrosa.

—¿Por qué coño se te ocurrió darle carta blanca a Lix para tu sesión? —lo increpó con voz gélida, deshaciendo toda ilusión de dulzura.

—No le di carta blanca —repuso Uriel con la voz ronca, aunque el jadeo en que se convirtió su respuesta no fue por el dolor de garganta, sino por el asombro de oír en los labios de esa cría malhumorada la voz de la Reina del Infierno.

¿Era ella? Imposible. Esa muchacha esbelta de cuerpo anodino y pechos inexistentes no podía ser la temible y excitante Reina.

—Oh, claro, sin sangre, heridas ni ningún fluido que no fuera agua sobre tu cuerpo, ni nada más grueso que una polla penetrándote. Como si Lix necesitara más para romperte —expuso con frialdad.

Y Uriel no pudo menos que bajar la mirada avergonzado, porque tenía razón. Esa mujer había resultado ser una verdadera sádica. La más cruel que había conocido nunca. Y se había puesto en manos de unas cuantas.

La muchacha abrió una nevera oculta tras un panel de caoba, sacó un brik de zumo, le pinchó una pajita y se lo tendió. Y él no se hizo de rogar, pues estaba sediento de nuevo. Luego tomó un tarro de la mesilla que había junto a la cama y, tras sentarse en el alto

tálamo de un salto, comenzó a untarle el trasero y el dorso de los muslos con algo que, tras el hiriente escozor inicial, le provocó un agradable y refrescante alivio.

—Te ha dejado el culo hecho un cristo —lo informó la mujer con indiferencia mientras le masajeaba los verdugones con el bálsamo—. Hasta esta noche no creo que puedas moverte sin jadear de dolor, y tardarás un poco más en poder sentarte con comodidad. Los huevos ya es otra historia, te ha estirado el escroto tanto y tan bruscamente que ha faltado poco para que te hiciera un desgarrro. Te van a doler durante un tiempo —señaló deslizándole el índice por el interior del muslo hasta rozarle las pelotas.

Fue un roce delicado, casi dulce, que apenas duró un instante antes de que se alejara. Volvió a meter el dedo en el tarro y le frotó la sensible piel del perineo para luego extender el bálsamo por los testículos, calmando un poco el dolor que sentía allí, y también excitándolo al entretenerse en un punto especialmente sensible.

Uriel jadeó sintiendo que se endurecía, a pesar de que el dolor de pelotas se intensificó con la repentina excitación.

—¿También necesito pomada ahí? —dijo desdeñoso. No quería que ella supiera cuánto lo había sorprendido su aspecto, ni cuánto lo estaba excitando.

—No, pero me divierte ver cómo meneas el culo para frotarte la polla contra mi cama.

Uriel se detuvo al instante. ¿Estaba en su cama? ¿No era una habitación temática del Lirio Negro, sino el dormitorio de la Reina? Parpadeó perplejo. Esa puta cría tenía una habitación tan grande como su piso llena de muebles que valían un ojo de la cara y se sentaba en ellos como si fuera una adolescente malcriada... De hecho, podía serlo.

—¿Cuántos años tienes?

Ella ignoró su pregunta y, tras presionar por última vez el dedo arrancándole un gemido de placer, le tendió el tarro.

—Dátelo en las muñecas, las tienes destrozadas.

Saltó de la cama y se encaminó a la puerta, las bermudas de cuadros escoceses campaneando contra sus delgadas piernas.

—No puedo pagar esta habitación —la informó Uriel.

Si hubiera sido la semana anterior, o incluso el día anterior, habría pagado con gusto por alquilar ese cuarto y dar un descanso a su torturado cuerpo en vez de que lo echaran a la calle. Pero su vida había dado un giro de ciento ochenta grados esa mañana.

Tras un año de silencio, cuando casi se había atrevido a soñar que por fin había despistado a su Némesis y que ya no volvería a encontrarlo, el resentido ser había llamado a su puerta. En realidad, le había enviado un regalito al trabajo con el que le daba a entender sin necesidad de palabras que sabía dónde estaba. Así que de nuevo se veía obligado a huir y abandonar la vida que se había forjado durante ese año robado a la venganza. Tendría que dejar atrás la ciudad que se había convertido en su hogar, los amigos que se habían metido en su corazón y el trabajo que lo había llenado. No sabía cuántos kilómetros recorrería antes de volver a sentirse seguro, pero sí sabía que serían meses de esconderse, de sobrevivir solo y sin trabajo, manteniéndose con sus más que limitados ahorros. No podía permitirse el lujo de gastar el dinero en cosas innecesarias, como esa carísima habitación de placer.

Se incorporó sobre los codos para mirar a la Reina. Le gustaría levantarse y enfrentarse a ella cuando llamara a sus esbirros para que lo sacaran del Lirio Negro, pero le dolía tanto el cuerpo que no se sentía capaz. Por tanto, dejaría que lo arrastraran hasta la puerta.

Ella lo miró con una ceja arqueada y los labios rígidos. ¿Esa mujer sabía sonreír?

—Esta alcoba no se alquila. Pertenece a los dominios de la Reina, que son los míos. Y yo se la cedo a quien me da la gana —replícó con una voz que a Uriel le supo a coñac—. Pero, ya que lo comentas, sí que puedes pagar mi hospitalidad. No es el dinero lo que te hace interesante —lo recorrió con una apreciativa mirada antes de salir de la estancia.

Uriel observó sorprendido cómo la puerta se cerraba, dejándolo solo, y luego esbozó una pícara sonrisa. Pagaría con gusto de la manera que a ella mejor le pareciera.

Descansó la cabeza en la esponjosa almohada y cerró los ojos, y aunque tardó en quedarse dormido no le importó, pues su cerebro lo tuvo muy entretenido rememorando los dos encuentros que ha-

bía tenido con la Reina. No podía decir que hubieran sido satisfactorios. En ninguno de ellos había podido verla; en el primero, por tener los ojos vendados y en el segundo, por estar en una sala oscura. Tampoco le había permitido llegar al orgasmo, aunque a su marcha él lo había alcanzado por su propia mano.

Y, a pesar de la frustración en que lo había sumido ambas veces, quería repetir. Pero en esta ocasión sería distinto. Porque por fin sabía cómo era ella y porque no pensaba volver a permitir que lo dejara al límite. Follarían y se correría. Una y otra vez. Hasta hartarse de ella.

Y después huiría de Madrid para no volver.